

PAULET. Mientras María pudiese contemplar, envanecida, su propia imagen, subsistirían sus audaces esperanzas.

ANA. Tampoco tiene libros para distraer su tristeza....

PAULET. Se le ha dejado la Biblia para que rectifique su corazón.

ANA. También la han quitado el laud....

PAULET. Con que acompañaba sus cantares obscenos y vergonzosos....

ANA. ¡ Ah !... ¿ tan infausta suerte reservais á la que recibió la mas delicada educacion, á la que fué reina desde la cuna, á la que creció entre el magnífico bullicio de la corte de los Médicis?... ¿ No basta haberla despojado de su poder?... ¿ Es tambien preciso quitarle sus mas inocentes diversiones? Un corazón noble, sabe sobreponerse á los grandes infortunios, pero padece mucho con la privacion de los simples pasatiempos de la vida.

PAULET. María se ocupa de necias frivolidades, cuando solo debiera pensar en el arrepentimiento. El desorden de una vida voluptuosa, solo puede espíarse con las privaciones de la adversidad.

ANA. Mi reina no es responsable de sus fragilidades, sino ante Dios y su corazón.... No hay en Inglaterra quien tenga derecho á juzgar tales faltas.

PAULET. Será juzgada donde delinquiró.

ANA. ¿ Y cómo puede haber delinquido en este reino, si siempre ha estado prisionera?

PAULET. Sin embargo, desde el fondo de la prision ha sabido ejercer en el mundo malignas influencias, agitar en el reino la tea de la guerra civil, y armar hordas de asesinos contra nuestra amada soberana.... ¿ Bastaron estos muros para impedir que ajustase con Babington y con Parry un horrible regicidio? ¿ Pudieron estas rejas evitar que sedujese el noble corazón de Norfolk?... Por ella ha caído bajo el hacha del verdugo, la cabeza mas heroica del reino, sin que bastase este notable ejemplo para escarmentar á tantos insensatos como se disputaron el honor de precipitarse en un abismo por María!. Por ella han subido al cadalso mil víctimas, que voluntariamente la consagraron su sangre.... No cesarán tamaños horrores hasta que perezca ella, ella que entre los culpables es la mas culpable.... ¡ Oh !... ¡ Maldito sea el dia en que esta nueva Elena pisó la costa hospitalaria de nuestra isla!

ANA. ¡ Qué decís !... ¿ qué hospitalidad ha concedido la Inglaterra á esa reina sin ventura?... Desde el dia en que destruida, suplicante, vino á este pais para implorar el auxilio de una parienta, la prendisteis contra el derecho de gentes, y á despecho de su dignidad real, la condenasteis á consumir en el horror de una cárcel, los mejores años de su juventud. Y despues que ha apurado todas las amarguras del cautiverio ¿ la llamais ante un tribunal, como á un delincuente vulgar?... ¿ acusais vergonzosamente á una reina de un delito capital?

PAULET. María vino á este pais perseguida por sus mismos vasallos y lanzada de su trono, prostituido por sus acciones vergonzosas. Despues de haber conspirado inútilmente contra la felicidad de nuestro suelo, vino á reproducir entre nosotros las escenas sangrientas del reinado de otra María; á restablecer el catolicismo, á entregarnos á los franceses.... ¿ por qué rehusó suscribir al tratado de Edimburgo, y abdicar todas sus pretensiones al trono de Inglaterra? Una sola firma hubiera bastado para abrirla las puertas de la prision.... pero mejor quiso gemir en el encierro, y sufrir toda suerte de penalidades, que renunciar á la vana brillantez de un título ilusorio.... ¿ y por qué creéis que ha obrado así? : porque la alimentaba la esperanza de envolver-

nos en sus culpables tramas, y de conquistar la corona de Inglaterra desde la oscuridad de un calabozo!

ANA. ¿ Os burlais, caballero-Paulet?... ¿ queréis añadir la irrisión á vuestra dureza habitual?... ¿ Cómo pueden haber halagado esos sueños de felicidad, á una reina desgraciada á quien enterrasteis viva en este castillo, donde no tiene comunicacion con su querida patria, ni oye la voz de un amigo, ni vé otra figura humana que el semblante sombrío de su carcelero?... Su suerte ha de ser insoportable, desde que vuestro bárbaro sobrino comparte con su tío las odiosas funciones de carcelero.

PAULET. No hay cerrojos que basten á contrarestar las arterias de esa mujer.... ¿ Puedo yo saber si se liman las rejas mientras duermo, si el pavimento de estos salones, si estas murallas, en la apariencia tan sólidas, han sido minadas por la traición?... ¡ Oh !... ¡ qué fatal es mi empleo !... ¡ He de vigilar sin descanso vuestros criminales proyectos !... El temor y la desconfianza alejan el sueño de mis párpados.... Toda la noche ando errante como una alma en pena, porque no me satisface la seguridad de las puertas, ni me basta la fidelidad de los guardias.... siempre me levanto con la zozobra de que se hayan realizado mis temores.... ¡ Ah !... mejor quisiera estar en las puertas del infierno, destinado á guardar toda la cohorte de los condenados, que tener á mi cargo la custodia de esa reina artificiosa.

ANA. Héla aquí.

PAULET. ¡ En la mano el crucifijo !... ¡ En el corazón, el orgullo y la voluptuosidad!

ESCENA II.

MARÍA con un gran velo, y un crucifijo en la mano. — Los precedentes.

ANA (saliéndola al encuentro.) ¡ Oh reina !... ¡ Con qué desprecio nos humillan !... ¡ La tiranía y la crueldad no tienen límites! Cada dia inventan nuevos martirios y acumulan nuevos sufrimientos sobre vuestra real cabeza.

MARÍA (con sosiego.) Tranquilízate, Ana.... ¿ qué ha sucedido?

ANA. ¡ Vedlo, señora !... el caballero Paulet ha forzado este armario, se ha apoderado de vuestros papeles, y de vuestra última alhaja, del tesoro que tan cuidadosamente habíamos escondido, de vuestro último adorno nacional de Francia.... Todo os lo han quitado, todo !... ya nada os queda de vuestra dignidad real.

MARÍA. No importa, Ana.... para ser reina, no necesito vanas exterioridades; y el desprecio con que me tratan, no puede envilecerme.... En Inglaterra he aprendido á padecer, y todavía puedo sufrir esta nueva violencia.... ¡ Caballero Paulet !... os habeis apoderado á viva fuerza, de lo que yo trataba de entregaros voluntariamente. Entre esos papeles, hay una carta para mi hermana la reina Isabel.... ¿ me dais palabra de entregársela en sus propias manos, y no en las del pérfido Burleigh?

PAULET. Lo pensaré.

MARÍA. Os enteraré de su contenido.... En esa carta pido un gran favor, una conferencia con la misma reina, á quien jamás he visto.... Me han sometido á un tribunal de hombres, que no me inspiran confianza, ni puedo reconocerlos por mis iguales.... Isabel es de mi familia, de mi gerarquía y de mi sexo; y solo en ella debo confiar como hermana, como reina y como mujer.

PAULET. ¡ Señora !... en otros mil trances habeis puesto